

PQ 6560

A17

LH



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PRÓLOGO.



Sea cual fuere la opinion que se adopte acerca del origen del romance octosílabo castellano, no puede dudarse que se confunde con el de la lengua misma, tambien llamada *romance*, y que fué el metro propio de nuestra poesia popular mas antigua, de la que cantaba el vulgo, y de la que conservaba en su memoria las hazañas, los milagros, los amorios y todo género de tradiciones. Tenemos muchos compuestos en la mas remota antigüedad, ignorándose el nombre de sus autores; y aunque rudos é inarmoniosos, ofrecen sumo interes, y son tan vigorosos en la espre-

010396

sion y en los pensamientos, que nos encanta su lectura; encontrando en ellos nuestra verdadera poesía castiza, original y robusta, luchando con una lengua naciente, estrecha, insonora y semi-bárbara. Su efecto es tan grande, como se advierte cuando los oímos intercalados con toda su rudeza, y con su antiguo lenguaje, en el diálogo de comedias históricas muy posteriores. Célebres ingenios del siglo XVII dieron con ellos, aunque pertenecientes á época tan inculta, y á una literatura tan atrasada, mucho realze á sus composiciones. Luis Vélez de Guevara en su drama titulado *Reinar despues de morir*, Cubillo de Aragon en *El rayo de Andalucía*, y los autores de *La mas hidalga hermosura* lo hicieron así con mucho acierto, ingiriendo en estas comedias los romances, que muchos años atras andaban ya en los labios del vulgo, solemnizando el infortunio de Doña Ines de Castro, la muerte y venganza de los Infantes de Lara, y la noble determinacion tomada por los castellanos de libertar á su conde Fernan-González, preso á traicion por el rei de Navarra. Innumerables ejemplos pudiéramos citar de esto mismo. Y el apoderarse así á la letra de los antiguos romances, para realzar con ellos los dramas históricos, ha merecido elogio hasta

del severo y clásico Moratin en su obra titulada: *Orígenes del teatro español*.

El romance octosilabo mas acomodado á los oídos y á la memoria del vulgo, que los informes y pesados versos del poema del Cid, y que los alejandrinos mas ataviados y cultos de Gonzalo de Berceo, prevaleció sobre ellos campeando siempre como verdadero metro nacional. No solo se cantaban en él hazañas pasadas, sino que se escribian nuevos romances siempre que ocurrian acontecimientos notables, y sucesos ó hechos de armas, cuya memoria debia conservarse. Y habia poetas de profesion en los campamentos de nuestros caudillos, y en las cortes de nuestros reyes, que cantaban en este metro sus proezas y sus conquistas. El glorioso rei San Fernando llevaba en las huestes con que ganó á Sevilla á *Nicolas de los romances*, sobrenombre que le dan las crónicas, y que demuestra cuál era su ejercicio, y ejercicio á que debió repartimiento despues de la conquista, entrando á la parte con los guerreros, como poeta de la expedicion, en el despojo de la victoria. ¿No recuerda esto la importancia que tuvieron los bardos de los antiguos pueblos del norte, porque eran los que conservaban la historia de sus hazañas?

La consideracion que merecian los romances históricos de aquellos siglos, y el crédito y fe que se les daba, se conoce al recordar, que de las tradiciones conservadas en ellos, se formaron muchas de las narraciones de las crónicas, que se escribieron despues. Narraciones que aun cuando sean de hechos falsos ó exagerados, y que por lo tanto hayan sido últimamente arrojados de la historia por la crítica moderna, tienen siempre para nosotros una ventaja inapreciable, la de darnos á conocer las ideas de los siglos en que se escribieron y creyeron.

Los romances mas antiguos que poseemos refieren hazañas ó milagros y caballerías de la corte de Carlo-Magno, por donde se ve que nuestra poesía tuvo el mismo origen que la de todos los paises del mundo: la admiracion de los grandes hechos, y el entusiasmo religioso. Estos romances antiquísimos tienen la misma estructura con que hoi los hacemos; pues son versos de ocho sílabas, en que los impares van libres ó sueltos, y los pares rimados con una misma desinencia. Y en esta estructura particular, y colocacion alternada de la rima, apoya el ilustrado Conde su opinion, que es la mas admitida, de que el romance castellano proviene de los versos árabes de diez y seis

sílabas, pareados, esto es, rimados de dos en dos; que se escribieron por ignorancia ó de intento, divididos en emistiquios, y cada uno de estos en un renglon aparte, resultando la rima alternada y como hoi la colocamos en el romance.

Estos fueron constantemente escritos en consonante riguroso y uniforme, lo que les daba un monótono y continuado martilleo mui desapacible. Y en los mas antiguos, como escritos en la infancia de la lengua, y cuando aun no estaba fijada, los poetas añadian letras y sílabas á las palabras finales de los versos, ya para completar el número, ya para formar el sonsonete. Siendo ciertamente mui desagradable y fastidiosa la repeticion del mismo sonido cada dos versos veinte ó treinta veces, ó acaso mas, pues algunos de aquellos romances son de bastante estension; los adelantos de la lengua y del buen gusto produjeron la invencion y adopcion del asonante. Bien sea este, como muchos creen, y no sin fundamento, tomado del árabe; bien que se descubriese por mera casualidad; bien que el deseo de evitar la pesadez de la repeticion de un mismo consonante hiciese observar, que en nuestra lengua basta la conformidad de las dos últimas vocales de una palabra con las de otra,

para formar una rima mui distinta y armoniosa; el romance se apoderó esclusivamente de este primor de nuestro idioma, de esta semi-desinencia, que luego se introdujo en otros metros, como artificio esclusivo de la versificacion castellana, y que mas adelante admitió el vulgo con particular y decidida preferencia en sus seguidillas, tiranas, etc. Pero no hai ejemplo de esta ventajosa innovacion anterior al siglo XVI.

Mucho ganó con ella el romance en soltura, facilidad y armonía, como ganó, bien que á costa tal vez de energía y severidad, en órden, gala y correccion, cultivado por los ingenios de aquella época aventajada. Y saliendo del estrecho campo á que estaba reducido, empezó en manos del fecundo Lope de Vega, del lozano Góngora, del portentoso Calderon, y de otros buenos ingenios, á prestarse á todo género de asuntos, ya eróticos, ya filosóficos, ya místicos, ya satíricos, engalanándose con todos los atavíos de la buena poesía. Entónces nacieron los romances *moriscos*, engañándose mucho los que, escasos de erudicion, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se nota con solo considerar que ni las costumbres, ni los afectos ni las creencias, que en ellos se atribuyen á perso-

najes moros, son los de aquella nacion; advirtiéndose desde luego que son cristianos enmascarados con nombres y trajes moriscos; moda que produjo mui felices composiciones, y que estuvo una temporada tan en boga entre nuestros poetas, que el mismo Góngora, que la ridiculizó festivamente en un romance joco-so, tuvo que obedecer á ella, y escribió muchos y mui bellos romances moriscos. Inventados fueron, pues, estos por los ingenios castellanos; y los que Pérez de Hita introdujo en su *Historia de las guerras civiles de Granada*, compuestos por él, como todo el libro, exornado con narraciones fabulosas. No es esto negar absolutamente que pueda acaso alguno de los romances moriscos de aquel tiempo ser traduccion ó imitacion de alguna antigua composicion árabe.

En pos de los romances moriscos vinieron los *pastoriles*, en que fué estremado el Príncipe de Esquilache, y en que perdió aquel metro mucho vigor y lozanía, ganando algo en ternura y en sencillez. El ingenio colosal de Quevedo se apoderó tambien del romance para la sátira, y le dió en este género un ensanche sin límite, y una facilidad sin igual, haciéndolo asiento, no solo de todas las festivas sales de nuestra lengua, sino de los pensa-

mientos mas nuevos y originales, y de todas las frases mas agudas y festivas de que es capaz idioma alguno.

El romance octosilábico castellano se adoptó mui desde luego por los poetas dramáticos, y en comedias anteriores á Lope de Vega lo vemos ya introducido, y continúa hasta nosotros siendo el metro favorito del teatro. Nuestros antiguos poetas cómicos lo mezclaron con quintillas, redondillas, cuartetos, décimas, octavas, sonetos, liras, y aun versos sueltos, mirando como una belleza del drama la variedad de la versificación; pero en Lope, Alarcon, Tirso, Calderon, Moreto, Rójas y demas insignes dramáticos se observa que emplearon casi exclusivamente el romance para las narraciones. Este fué luego enseñoreándose completamente de la escena cómica, hasta que se hizo dueño absoluto de ella, á fines del siglo pasado, arrojando de su término los demas metros. Castillon fué el primero de los modernos que restableció el antiguo gusto de variar la versificación en la comedia; y hoi dia se ha (en nuestra opinion con mui buen acuerdo) completamente restablecido.

La misma popularidad de que gozó el romance desde su origen, por los asuntos que le fueron peculiares; la facilidad que adquirió

su composición con la introducción del asonante; la vulgaridad que le dió el diálogo cómico; y la soltura y ensanches que debió, como dejamos dicho, al gigantesco ingenio de Quevedo, lo fueron entregando al brazo seglar de los meros versificadores y de los copleros vergonzantes. Y convertido al fin en su patrimonio exclusivo, murió á sus manos, ya hinchado y ridículamente culto; ya lánguido, trivial y chabacano. Desacreditándose hasta tal punto, que fué últimamente mirado como el verso escrito solo para el vulgo, y como el que podia permitírsele al vulgo en sus groseras composiciones; y los hombres literatos comenzaron á asquearlo y á desdeñarlo.

En vano Luzan hizo su elogio, y demostró su importancia en el renacimiento de la poesía española, á mediados del siglo pasado. En vano Meléndez justificó con su ejemplo la doctrina de aquel erudito, y escribió no solo romances eróticos y descriptivos, sino tambien composiciones líricas de un género mas filosófico y atrevido en el mismo metro. Y en vano se reimprimieron muchos romances antiguos, con razonados prólogos, tributando al género los elogios mas encarecidos: el romance no resucitó. Los ingenios que han honrado nuestro Parnaso despues de Meléndez, apenas han

escrito alguno que otro, ya erótico ya jocoso, dedicándose esclusivamente al cultivo de los metros italianos. Y los poetas mas recientes tampoco han hecho esfuerzo alguno á favor del romance, ya que tantos hacen por resucitar las coplas de arte mayor, y por aclimatar en nuestro suelo los cuartetos endecasílabos con consonantes agudos, que dan á nuestra lengua un giro mezquino, y una canturía, mas propios del idioma frances que del castellano.

Es ciertamente extraño que en esta época de ensanche, y acaso de regeneracion (en que la poesía rompiendo los estrechos límites de reglas arbitrarias, aunque respetadas por un siglo entero, pugna por volver á su origen, dejando á un lado la servil imitacion de griegos y latinos, y buscando inspiraciones propias en épocas mas en armonía con las sociedades modernas), no haya renacido con muchas ventajas el romance octosílabo castellano. Pues buscándose en los tiempos feudales y en los siglos caballerescos los asuntos y el colorido de la poesía actual, ningun otro metro podia encontrarse mas á propósito, como castizo y original; como nacido en la época misma de los héroes que ahora se celebran; como depósito de esos matizes mismos que hoi se buscan con tanto empeño; y como el mas adecuado, en fin, por

su sencillez, facilidad y soltura, á todos los tonos de la poesía; y por lo tanto á los atrevidos, variados y desiguales vuelos del *romanticismo*.

Pero aun mas extraño es que en esta época misma, literatos que gozan de justa nombradía, hayan emprendido proscribir *por principios* el romance, como indigno del Parnaso español, y como metro despreciable y chabacano. El primero que ha escrito contra el romance ha sido un extranjero; el aleman Schelegel, el que sin negarle gracia y gallardía, decide que no es capaz de la poesía digna de elogios y de imitacion. Que un extranjero se haya equivocado; y sentenciado sin conocimiento de causa, no es de extrañar, pero sí lo es, y mucho, que le hayan seguido y reforzado escritores nacionales, y no ignorantes por cierto de nuestra literatura.

En una obra elemental, que anda de real orden en manos de la juventud, se deprime hasta con encono, y se ridiculiza hasta con pueril acritud el romance octosilábico castellano, como indigno de la poesía alta, noble y sublime. Se asegura en ella que *aunque venga á escribirle el mismo Apolo, no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara*. Y se sienta como po-

sitivo, que las mas triviales y chabacanas se ocurren inmediatamente á todo español, que lee ú oye una ó dos coplas de romance, aunque este sea mui bueno, y de asunto mui grave y elevado. Decidir tan absolutamente contra un metro en que tan escelentes cosas se han escrito; que es sin disputa la forma en que apareció nuestra verdadera poesía nacional; que se ha amoldado siempre con ventaja á todos los géneros, á todos los tonos, á todos los matices, á todos los asuntos imaginables, en manos de nuestros mejores poetas; y, que ya rudo, vigoroso y desaliñado, ya galano y florido, ya tierno y melancólico, ya templado y armonioso, ya jovial y satírico, se ostenta siempre como la mayor riqueza de nuestro parnaso; es un incomprendible atrevimiento, fundado en un aislado capricho, que se opone á la opinion general.

Dígase enhorabuena que el romance octosílabo no es á propósito para escribir en él toda una *Epopéya*, (si es que á álguien le da en este siglo la mala tentacion de escribir alguna); pero escluirlo de la poesía sublime, de la poesía histórica, de muchas partes de la *Epopéya* misma, como las narraciones, las descripciones, las sentencias filosóficas, los cuadros poéticos, cuando tenemos tan escelentes trozos

de estas clases escritos por nuestros mejores autores en romance; es demasiado pretender, es arrojar con suma lijereza á dar una sentencia definitiva, que carece de fundamento.

Dice el autor que impugnamos, que todo romance recuerda una *jácara* vulgar. ¿Quién que tenga oído y alma recuerda las chabacanadas del vulgo cuando lee ú oye el sencillo y sublime romance histórico, en que se pinta *al señor de Hita y Buitrago*, en la batalla de Aljubarrota, que viendo á su rei con el caballo muerto, le da el suyo para que se salve de aquel desastre, le recomienda á su hijo, y se entra á pié á morir como bueno en lo recio de la pelea?..... ¿Quién recuerda las coplas de los ciegos, cuando lee el riquísimo romance de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan lleno de poesía, de amor, de encanto; ó los romances del Cid, muchos de los pastoriles de Esquilache, y los tiernos y de estructura lírica de Meléndez? ¿A quién, en fin, se le ocurren esas vulgarachadas, que tan presentes tiene el preceptista, cuando le encantan en el teatro los hermosísimos romances en que el gran Calderon hace sus esposiciones, y en los que todos los géneros, todos los estilos se ven tan maestramente manejados? — Y en vano es alegar en contra nuestra el gran número de pervers-

sos romances que se han escrito; porque tambien se han escrito gran número de malísimas octavas, de enrevesados tercetos, de sonetos abominables. Y al que me arguya con los romances de Montoro y Marujan, yo le opondré las ridículas y extravagantes silvas de Gracian, y los desmayados y prosáicos endecasílabos de Iriarte, y no nos quedaremos nada á deber.

Ciertamente aun no le ha ocurrido á ningun italiano el proibir los sonoros y flúidos versos cortos cantables, tesoro inagotable de su idioma, y tan cultivado y engrandecido por Metastasio, y otros grandes poetas; fundado en que son los mismos que cantan, vulgarizan y achabacanan los copleros improvisadores de las hosterías y de las plazas públicas. Y precisamente en ellos ha escrito el insigne Manzoni una de las odas mas altas, sublimes y filosóficas de nuestros dias, la que intitula *el 5 de mayo*, y cuyo argumento es la muerte de Napoleon. ¿Y el frances Beranger no ha colocado su nombre entre los primeros líricos de este siglo, sin escribir mas que en los metros mas vulgares de su pais?

No somos nosotros de los que creen que la poesía consiste únicamente en la forma con que se espresa el pensamiento, atribuyendo

todo el encanto de este arte divino, solo á la espresion. Por lo tanto no damos tanta importancia al metro que busca el poeta para transmitirnos las imágenes de su fantasía, y los afectos de su alma. Creemos sin embargo que ciertas formas pueden contribuir á aumentar el efecto en algunos casos, y que ciertas armonías pueden escitar mas ó ménos nuestras emociones. Pero fijar reglas en el particular, y que el frio preceptista decida magistralmente en la materia, y marque (aunque sea citando á Horacio) en qué número y con qué armonía se han de espresar tales y tales pensamientos, tales y tales pasiones, nos parece absurdo. — ¿Y esas reglas en qué pueden fundarse?..... ¿No vemos la rotunda y pomposa octava, el verso heróico por escelencia, aplicada con tanta facilidad y magisterio, por el flexible ingenio de Ariosto, á todos los tonos, desde el mas sublime y apasionado, hasta el mas trivial y burlesco; ya á la narracion épica mas alta, ya á la descripcion mas florida y lozana, ya á la relacion mas baja y vulgar? ¿Y no parece, al leer el *Orlando*, que la octava está inventada, ex-profeso, para cada uno de estos géneros, para cada uno de estos estilos tan diversos y tan encontrados?..... Lo mismo diremos de los demas metros. En los severos

tercetos en que el terrible Dante nos pinta sus espantosas visiones , escribió el templado y melancólico Rioja sus pensamientos morales y apacibles ; y en tercetos están escritas las sátiras de los Argensolas , y aun las mas libres y sarcásticas de Quevedo y de Arriaza. ¿ Y el soneto ?..... No hai combinacion métrica y rítmica mas artificiosa, de mas pompa y majestad : parece hecha adrede para encerrar los pensamientos mas sublimes y encumbrados. Pues tan felizmente se presta á los místicos y á los históricos , como á los profundos y filosóficos de los Argensolas , á los risueños y floridos de Arguijo , á los melancólicos y pastoriles del Bachiller Francisco de la Torre , y á los chistosos, libres y hasta chabacanos del gran Quevedo. ¿ En qué ejemplos, pues , fundan los preceptistas esas reglas con que quieren tiranizar al ingenio , y encadenar la imaginacion ?..... Por fortuna el ingenio creador y la imaginacion fecunda producen sus grandes bellezas , sin acordarse de los preceptistas, y echando mano del instrumento que su propio instinto les sugiere, como el mas á propósito , en el momento de la inspiracion.

Si todos los metros se prestan mas ó ménos á todos los géneros de poesía, y en todos ellos pueden expresar felizmente sus ideas y sus

afectos los verdaderos poetas , porque saben darles el tono , el giro y la armonía mas convenientes á la espresion de sus pensamientos y de sus pasiones ; el romance octosilábico castellano es acaso la combinacion métrica , que obteniendo la primacia para la poesía histórica , como la mas apta para la narracion y la descripcion , se presta mas naturalmente á todo género de asuntos, á toda especie de composiciones. Su facilidad aparente, esa facilidad misma , que le echan en cara los que creen que la poesía consiste en vencer dificultades de rima y de versificacion , le da una elasticidad suma, y es sin disputa uno de sus mayores méritos ; y si se examina esa facilidad , se hallará acaso en ella un peligrosísimo escollo para el poeta. La variacion de sus giros y de sus cortes , pues los que le niegan este dote no han leído los hermosos romances que Calderon introduce en sus comedias , y en que con efectos sorprendentes los ha diversificado hasta lo infinito, hacen al romance el metro mas á propósito para el cambio de tono, y para la variacion de colorido. Y hasta la armonía del asonante, que en una composicion larga puede de cuando en cuando variarse sin la menor dificultad , y que es tan esclusivamente española, tan grata á los oidos españoles, tan varia , y de suyo tan

dulce y tan poco fatigosa, hace del romance castellano el instrumento mas á propósito para todo género de asuntos. Y, su rapidez misma ¿no está indicando que es el verso octosílabo el mas adecuado para espresar los grandes pensamientos filosóficos, las sentencias profundas, y la sencillez y viveza de los afectos?

Engolfados en esta materia, fuerza es que citeamos algunos ejemplos en apoyo de cuanto dejamos dicho, y para demostrar mas palpablemente cuán sin razon se ha pronunciado la sentencia contra el romance. Mas no iremos á buscar lo mas esquisito y primoroso que en ellos se encuentra, sino que echaremos mano de lo primero que ocurra á nuestra memoria. Copiaremos, pues, algo de aquel romance anónimo de las exequias del maestre D. Álvaro de Luna. Dice así:

« Iba declinando el dia
su curso y ligeras horas,
y el padre que al mundo alumbra
para occidente se torna.
A los reflejos divinos
de aquella luz milagrosa,
pálidos, descoloridos,
cubiertos de negras sombras,
amenazaba la noche,
mustia, temerosa y sorda;
no de luzeros vestida

de que se pule y se adorna.
La luna en el primer cielo
con las nubes se arrebaza,
y en los escondidos valles
aljófara y perlas llora.
De las aldeas vecinas
dejan desiertas y solas,
unos las casas baldías,
otros las pajizas chozas.
Sonaba en Valladolid
el eco de voces roncadas,
y responden los quejidos
de las apartadas rocas.
Hace señal San Benito,
y su rico templo adornan
con los funestos tapices
de bayeta lastimosa.
Murmuraban por las calles
de unas orejas en otras,
la no pensada caída
de aquella Luna hermosa.
Juntáronse los ilustres,
y las iglesias entonan
el entierro de aquel cuerpo,
que del cuello sangre brota.
En los hombros le reciben
cuatro con sus cruces rojas,
que le sirvieron en vida
y en la muerte le dan honra.
Pusieron el cuerpo helado
debajo una dura losa,
y con el peso insufrible
dió temblor la tierra toda.
Al rededor de la tumba
arden lumbres, todos lloran
de la miseria infelize

la tragedia lastimosa.
 Scollozan sus tiernos hijos,
 lamenta su triste esposa,
 y de su vertida sangre
 pide al cielo la deshonra. etc., etc.»

Acaso para los que opinan que la poesía consiste en huecos sonidos, y en pomposas cláusulas, no tendrán mérito estos versos. Pero á nosotros nos hacen mucho efecto, y nos parece que están llenos de sublime sencillez, que son altamente poéticos; y que este bellísimo trozo de poesía histórica no tendria ni mas vida, ni mas nobleza, ni mas dignidad escrito en octavas ó en tercetos.

Por no alargarnos demasiado no copiaremos algunos trozos de los romances de Bernardo del Carpio, llenos de robustez y de sensibilidad; ó de los de Arias Gonzalo, en que tan bien pintadas están la lealtad y entereza de aquel insigne castellano, de aquel desventurado padre; ó de los que refieren las bodas de Doña Lambra con el Señor de Villaren y de Barbadillo, tan llenos de interes y de vida; pues todos ellos, á pesar de la rudeza de estilo y de la estrechez del lenguaje, están rebosando poesía castiza y original.

El alcaide de Molina escita así á sus soldados á la pelea en un romance anónimo:

«Dejad la seda y brocado,
 vestid la malla y el ante,
 embrazad la adarga al pecho,
 tomad lanza y corvo alfanje.
 Hacéd rostro á la fortuna,
 tal ocasion no se escape,
 mostrad el pecho robusto
 al furor del duro Marte.»

¿Son ménos varoniles estos belicosos acentos por sonar en versos asonantados de ocho sílabas?

Léanse las maldiciones de las Troyanas á Helena; la pintura del rei D. Rodrigo huyendo del desastre del Guadalete, y la lucha de D. Pedro el Cruel y de D. Enrique, en la que

«Riñeron los dos hermanos,
 y de tal suerte riñeron,
 que fuera Cain el vivo
 á no haberlo sido el muerto.»

Recuérdense los lamentos del alcaide de Alhama cuando pierde esta fortaleza; y examínese, enfin, el razonamiento de Rui Diaz del Vivar al Conde Lozano, desafiándolo para vengar á su ultrajado padre, y se verá hasta dónde se remonta el romance octosílabo castellano, en la narracion y en la espresion de los elevados y heróicos sentimientos.

¿Será necesario á un español, que escribe para españoles, citar los trozos de las *Mocedades del Cid*, de Guillen de Castro; del *Heraclio*, de Calderon, y aun de la *Verdad sospechosa*, de Alarcon, escritos en verso octosilabado, y tan hermosa y maestramente traducidos en versos franceses por el gran Corneille, el padre del teatro frances? Pues compárense los versos castellanos con la traduccion, y se verá que no son en nada inferiores, aunque de romance, á los pomposos alejandrinos en que se tradujeron, y que en estos no ha ganado nada la espresion de los pensamientos de nuestros autores.

Si tanta energía y sencillez ofrece el romance para los asuntos históricos, ¡cuánto se presta á la descripcion poética, y á los afectos blandos! No copiamos, porque es mui conocido, el bellissimo romance, ya mencionado, de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan rico de poesía, tan armonioso, tan bien escrito. Léase esta preciosa composicion, y las descripciones de las fiestas de toros y cañas en otros romances moriscos, y el tierno y apasionado de Meléndez á *Rosania en los fuegos*; y se hallará en ellos la verdadera elocucion poética, y se verá que en nada ceden á las mejores composiciones, que á los mismos asuntos han he-

cho grandes poetas en versos endecasílabos.

La poesía descriptiva que cabe en el metro que defendemos, puede verse en los versos siguientes:

« Entraron los sarracinos
en caballos alazanes,
de naranjado y de verde
marlotas y capellares.
En las adargas tenian
por empresas sus alfanjes
hechos arcos de Cupido,
y por letra: *Fuego y sangre. etc.* »

O en aquellos:

« Cuando las sagradas aguas
del ancho y sagrado Bétis,
con la multitud de barcos
con dificultad parecen;
cuando entoldadas las popas
de juncia y de ramas verdes,
en el agua escaramuzan
á pesar de sus corrientes;
cuando mil alegres cantos
que los sentidos suspenden,
interrumpen á los vientos
y enamoran á los pezes;
cuando en las torres mas altas
mil luminarias parecen,
y cual velozes cometas
atraviesan los cohetes;
entónces, etc. »

O en estos :

« Nunca las puertas de oriente
abrió tan hermosa el Alba,
cuando saca de alelíes
las bellas sienas orladas. »

O en estos otros de Góngora :

« Mirábalo en los ramblares
ora á caballo, ora á pié,
rendir al fiero animal
de las otras fieras rei.
Y con la real cabeza,
y con la espantosa piel,
ornar de su ingrata mora
la respetada pared. »

¿ Y en la espresion de los afectos ya fuertes é impetuosos, ya tiernos y melancólicos, qué metro aventaja al romance? No es posible espresar mejor la indignacion, que lo está en el final de aquel romance, del desafio del moro Tarfe :

« Esto el moro Tarfe escribe
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga. »

Nótese el desórden de la armonía en este último verso.

¡ Qué interesante y tierna melancolía reina en todo el romance de Góngora del *Forzado de Dragut*, que empieza :

« Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo,
ambos ojos en la tierra, etc. »

La tierna emocion del cautivo, que descubre desde el mar los montes y las torres de su patria, me recuerdan los siguientes cuatro versos de Máto al mismo asunto en la comedia titulada : *El Genízaro de Hungria* :

« Alargando iba los ojos
hácia mi querida patria,
á donde en prision mas dulce
dejaba cautiva el alma. »

¿ Podia escribirse mejor en endecasílabos el terrible diálogo de Focas y Astolfo en el *Heracleio* de Calderon, solicitando el tirano conocer la verdad para acabar con la sangre de su enemigo, y obligándole el leal anciano á que la respete, por temor de derramar la de su propio hijo? En romance está escrito este diálogo, y seguramente al saborearlo en la escena nadie recuerda las jácaras que acaso acaba de oír al ciego en la esquina del teatro, por mas que tengan el mismo *sonsonete*.

Ningun otro metro se presta tanto, por su sencillez, como el romance, á espresar las sentencias morales y los grandes pensamientos filosóficos. Recordemos aquellos dos versos de Guevara :

« Que con decir que son hombres
no se disculpan los reyes. »

O estos de Calderon :

« O honor, fiero basilisco,
que si á ti mismo te miras
te das la muerte á ti mismo. »

Y aquellos otros :

« Hipócrita mongibelo,
nieve ostentas, fuego escondes ;
¿ qué harán los pechos humanos
si saben mentir los montes ? »

Y los que dicen :

. Que nunca tuvo
lo no bien hecho otra enmienda
del arrojó que lo obró,
que el valor que lo sustenta.

Y los que pone en boca de Don Juan Malec, en la comedia titulada : *Amar despues de la muerte, ó el Tuzani de las Alpujarras*, en que

refiriendo el noble anciano á sus compatriotas los moriscos la ofensa que acaban de hacerle en el ayuntamiento ; cuando va á contar que le han dado con su propio báculo un golpe afrentoso, se detiene, y dice :

. Esto basta,
que hai cosas que cuesta mas
el decirlas, que el pasarlas.

Seria necesario un tomo entero para copiar todos los ejemplos de esta clase que se nos ocurren. Y otro para los que podiamos recordar de espresiones nuevas y pintorescas con que este fecundo metro ha enriquecido la poesía castellana. Y si lo consideramos aplicado á la sátira, y á los asuntos jocosos, en manos de Góngora y de Quevedo, ¡ cuánto podriamos citar en su abono ! ¡ Qué tesoro inmenso de frases felicísimas, de giros extraordinarios, de pensamientos inesperados, que en cualquiera otro metro hubieran acaso perdido algo de su frescura, de su malicia y de su originalidad !

Pero basta ya, porque no hai literato alguno, versado en la lectura de nuestros poetas líricos y dramáticos, á quien no sean familiares los hermosos trozos de poesía, de todos los géneros y tonos, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan apreciables por lo ménos

como cuantos se puedan citar en cualquiera otra especie de versificación.

El romance, que es el metro castizo de nuestra lengua, en el que se cantaron las hazañas de nuestros mayores, el que cultivaron y engalanaron nuestros mejores poetas, el que tan bien suena en el diálogo escénico, el que tan dócil se amolda á todos los asuntos, á todos los estilos, tan fácil, tan sonoro, asiento del asonante, primor exclusivo de nuestra hermosa lengua (debido á su variedad infinita de terminaciones, y al sonido puro, fijo, invariable de sus cinco vocales) no debe ser despreciado, ni olvidado por metros y combinaciones rítmicas, que hemos tomado, ciertamente con muchas ventajas, de otro idioma. Y aunque con ellos y con ellas se ha enriquecido el nuestro, y se han escrito muchas obras admirables en todo género, no renunciemos al abundante y rico tesoro de elocución poética castellana que en los romances octosilábicos poseemos, ni desechemos uno de nuestros mejores títulos á la gloria poética.

El romance, pues, tan á propósito, como dejamos repetido, para la narración y descripción, para espresar los pensamientos filosóficos, y para el diálogo, debe, sobre todo, campar en la poesía histórica, en la relación de

los sucesos memorables: así empezó en los siglos rudos de su nacimiento. Volverlo á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía, y aprovechándose de todos los atavíos con que nuestros buenos ingenios lo han engalanado, sería ocupación digna de los aventajados poetas, que nunca escasean en nuestro privilegiado suelo. Con débiles fuerzas he intentado yo tan difícil é importante empresa, escribiendo esta colección de *Romances históricos*, que presento al público. Mis lectores ilustrados decidirán si he logrado mi intento. Si no he sido tan dichoso, al ménos habré conseguido llamar la atención sobre el romance castellano y sobre la poesía histórica, á la estudiosa juventud, que con tanto aprovechamiento cultiva hoy entre nosotros la amena literatura, dando diariamente, en composiciones de mucho mérito, claras pruebas de fecundo ingenio y de brillante imaginación.

